

## Franceses y alemanes.

16 de agosto.

Bien saben mis lectores que, en los quince días que llevamos de guerra, ni siquiera una vez he hecho la menor alusión a lo que la prensa de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Rusia, de Italia y de Suiza, llama «las atrocidades alemanas». No. La sola idea de que un gran Imperio que ha contribuído con su ciencia a la cultura del mundo pueda manchar sus proezas guerreras con actos crueles e injustos, me pareció siempre inverosímil. Cuando las noticias de fusilamientos de patriotas alsacianos comenzaron a circular, yo me dije, como muchos otros, que aquello no podía ser sin razones justas. Cuando más tarde se habló de los ulanos que matan a los heridos belgas y que disparan contra las ambulancias internacionales, me contenté con sonreír. En el caos de los telegramas de guerra, hoy, como siempre, la parte de verdad es la menor. Y además, el recuerdo de las calumnias que durante la campaña de los Balkanes deshonoró a las tropas griegas y serbias, servíame de ejemplo para dudar de que las acusaciones antialemanas pudieran ser exactas.

Mas he aquí que ya no se trata de noticias de periódicos, sino de algo más serio. Los despachos oficiales de Bruselas nos anuncian que el Gobierno belga ha convo-

cado a los representantes diplomáticos de todos los países neutros, para darles conocimiento de las pruebas de los innumerables actos de crueldad cometidos por las tropas del Káiser en las poblaciones que ocupan. «Tales pruebas — agrega el despacho a que aludo — son testimonios auténticos de barbarie.»

Hacer así responsable a todo un Imperio en el cual, además de soldados, hay filósofos, sabios, jurisconsultos y artistas, pareceríame, si sólo se tratase de los actos cometidos en la guerra, una gran exageración. El Gobierno de Berlín, en efecto, puede muy bien ignorar las violencias de sus tropas.

Mas existen, por desgracia, según dice la prensa inglesa, documentos que, de ser auténticos, probarían que, aun antes de empezar las batallas, el pueblo de Goethe y de Mozart comenzó a desconocer y a violar las leyes de la cortesía, de la generosidad y del Derecho. Dejemos a un lado la odisea del viaje del embajador de Francia, que, aunque desmentida en España, acaba de ser confirmada por periodistas escandinavos que han podido entrevistar a M. Cambon en persona. No hagamos caso, tampoco, de las declaraciones de los representantes franceses en Stuttgart, en Hamburgo, en Francfort. Todos éstos son beligerantes.

La esposa del ilustre diplomático argentino Rodríguez Larreta y la familia del ex presidente del Estado de San Paulo, Sr. Bernardino de Campos, en cambio, son neutros, más aún, son súbditos de países amigos. Pues bien: a la señora de Larreta todo el mundo sabe de qué modo tan poco elegante la han tratado las autoridades germánicas. Y en cuanto al Sr. De Campos, él mismo refiere, en un periódico de Ginebra, su dolorosa aventura. Durante cuatro días, este notable brasileño, acom-

pañado de su esposa enferma, fué detenido, arrestado, insultado y desvalijado por los militares de Alsacia. «Cuando traté de enseñar mis pasaportes — dice —, un teniente me los arrancó groseramente de las manos y nos insultó.» Luego agrega: «A pesar del estado grave de mi esposa, nos obligaron a andar a pie cinco kilómetros. En la frontera nos confiscaron los equipajes, y cuando los reclamé me trataron violentamente, y los soldados me apuntaron con sus fusiles.»

¿Es cierto todo esto? Yo desearía creer que no lo es, que el Sr. Campos no existe, que ningún militar de ningún país ha manchado sus armas, hechas para luchar contra otras armas, amenazando familias indefensas. Pero, ¡ay!, son tantas las voces que se elevan...

Ayer nada menos, un oficial belga que estuvo prisionero en Lieja escribía al *Petit Bleu* una carta quejándose de los malos tratos que le habían hecho sufrir los tenientes bávaros durante su cautividad. «Por la noche — dice —, después de cenar copiosamente y de beber más de lo justo, venían a sentarse en mi cuarto y empezaban a dirigirme bromas de mal gusto. Uno de ellos llegó a preguntarme si yo sabría limpiar botas de charol.»

Después de leer estas líneas, ¿cómo no evocar con nostalgia, y también con vergüenza, vergüenza de nuestro siglo, una página cualquiera de las viejas crónicas guerreras de Europa, una de las que hacen ver al caballero Bayardo, prisionero de los españoles, que lo sirven y lo halagan, por ejemplo, o mejor aún, la que, en el libro divino de Froissart, refiere la cautividad de Juan el Bueno?... «Cuando llegó la noche — dice el cronista — el príncipe de Gales dió de cenar al rey francés, a monsieur Felipe y a todos los condes y barones prisioneros. El príncipe quiso servir a sus cautivos, no sólo en la

mesa del rey, sino en las demás, y lo más humildemente que podía. Y jamás consintió en sentarse al lado del rey, por más ruegos que éste le dirigió, respondiéndole que no era tan fatuo que se creyese con derecho a cenar junto a un tan gran señor y tan valiente. Y sin cesar arrodillábase ante el soberano prisionero y le decía: «Por Dios, señor, no hagáis penitencia en el comer porque el Cielo no ha juzgado hoy deber realizar vuestros deseos, pues ciertamente mi padre os honrará y os dará su amistad, para que quedéis buenos camaradas siempre. Y me parece que aunque no haya sido todo conforme a vuestro deseo, os debéis regocijar, pues habéis conquistado hoy el renombre de vuestras proezas y sobrepujado en gloria a todos los mejores combatientes. Todos los nuestros que os han visto luchar os dan la corona.» Al oír estas palabras los caballeros, tanto franceses como ingleses, dijeron entre sí que el príncipe había hablado bien y justo.»

¿Hay medio de no sentirnos retrógrados, terriblemente y tristemente retrógrados, al comparar los tiempos en que así trataba a los vencidos un príncipe de Gales, con estos tiempos modernos en que un general cualquiera ordena que se fusile a los corresponsales de guerra y que no se perdone la vida, en las aldeas conquistadas, ni a las mujeres, ni a los niños, ni a los ancianos?

Más de un siglo lleva la Humanidad predicando doctrinas de suave internacionalismo. En nombre de la cultura y en nombre de la civilización, cual antaño en nombre de Jesús, se asegura que los hombres son hermanos, que los pueblos no deben odiarse, que la guerra es un azote indigno de nuestras almas. En El Haya, en conclaves cosmopolitas, se firman pactos para suavizar las luchas armadas y se garantiza la neutralidad de las ciuda-

des abiertas que no combaten. Los reyes, veinticuatro horas antes de partir a campaña los unos contra los otros, se llaman «queridos primos» y juran que aman la paz sobre todas las cosas. En las proclamas bélicas, cada uno invoca la imagen de Dios misericordioso. Y he ahí que apenas el cañón comienza a vomitar la muerte y el espanto, un vértigo de crueldad, que los adalides de otras épocas no conocieron, apodérase de los soldados, y de sus jefes, y de sus soberanos. Porque lo inverosímil es que no son los instintos solos de los infelices que luchan con un fusil los que hacen matar a los campesinos, y fusilar a los curas de aldea, y rematar a los heridos. Cada asesinato, cada incendio, cada saqueo, corresponde a un plan trazado de antemano por los que, en la calma feroz de sus gabinetes, preparan la guerra. Todos los prisioneros alemanes internados en Francia y en Bélgica, en efecto, declaran que tenían órdenes «superiores» para cometer actos de crueldad. Estas órdenes, cumplidas con un rigor que desconcierta nuestros ánimos hasta ayer convencidos de que la civilización no era una palabra vana, son las que hacen de la guerra actual una de las luchas más horribles que han visto las edades, obligándonos a decir con Albert Sorel: ¡Progreso, Progreso; tú eres una pura ilusión!

Porque lo terrible es que, respondiendo a las acusaciones de Bélgica y de Rusia, Alemania lanza contra rusos y belgas otras acusaciones no menos graves. Los cosacos, en la Prusia Oriental, incendian; las mujeres de Flandes, en los campos de Lieja, les sacan los ojos a los heridos...

¿Mentiras?

Está bien. Yo quiero creer que son mentiras. Mas, ¿y si son verdades?...

El único país al cual no se le ha acusado aún de ninguna crueldad, es Francia.

¡Sublime Francial En medio de sus convulsiones actuales, diríase que se empeña en mantener, ante Europa, la antorcha de la Justicia siempre encendida.

Leed la crónica de los Tribunales de la prensa de París. Ayer, 15 de agosto, un alemán compareció ante los jueces del Sena, acusado de llevar un arma prohibida.

—Esa arma — dijo el acusado — no estaba en mi bolsillo, sino en mi maleta.

— Es cierto — declaró el agente que había detenido al alemán.

Entonces el fiscal tomó la palabra, y dijo :

— Pido que el alemán Vogt sea absuelto. El delito está en llevar un revólver en el bolsillo, no en la maleta. La ley, igual para todos, debemos aplicarla, en tiempo de guerra como en tiempo de paz, sin pasión y sin odio. Entre nosotros, la Justicia y el Derecho son sagrados.

Llorando, el alemán absuelto tuvo miedo de salir entre la multitud.

— Que un guardia le acompañe hasta su domicilio en coche — ordenó el juez Monnet.

En medio de un auditorio silencioso y respetuoso, el enemigo se dirigió hacia la puerta.

Y por si esto no basta, he aquí algunas líneas que un prisionero alemán dirige desde Ruffes-le-Château al presidente de la Cámara de Comercio Americana de París, Mr. Shoninger :

«Estamos en el Seminario de Le Blanc, donde el comandante de armas nos ha dicho que quedamos internados. Este comandante es un verdadero padre de familia para todos nosotros. Jamás se ha encontrado un

hombre tan amable como este oficial superior, que nos compadece como primeras víctimas de la guerra.»

Esto establece una diferencia de razas, de almas, de modos de sentir y de pensar. Y esto, en la paz hace años, cual hoy en la guerra, todos los extranjeros lo han sentido vagamente al escoger entre París y Berlín.

«Sin saber por qué — dice el inglés Sgront —, nunca quise detenerme en Berlín; pero ahora que leo las noticias de la conducta alemana, comprendo el secreto de aquel instinto.»

Tales líneas me traen un recuerdo a la memoria. Volvíamos Alfredo Vicenti y yo de Rusia en el Norte-Express. El tren se detuvo en Berlín. Después de haber concluido nuestra misión periodística, teníamos algunos días de reposo.

— ¿Conoces esta ciudad? — le pregunté.

— No — me dijo.

— En ese caso, quedémonos aquí veinticuatro horas.

— De ningún modo... Ni la conozco, ni quiero conocerla... Marchémonos a París en el acto...

Y entreabriendo la ventanilla del *sleeping*, el gran hidalgo español paseó por encima de la ciudad de hierro una mirada misteriosamente desdeñosa...

## La moda y la guerra.

18 de agosto.

Las damas extranjeras de los Campos Eliseos, que no se sienten con vocación de enfermeras de la Cruz Roja, acaban de descubrir, ayudadas por la coquetería, un medio de hacerse útiles a París. «Puesto que las pobres modistillas tienen ahora que vender periódicos por la calle para no morir de hambre — han dicho —, hagamos que los talleres vuelvan a abrir sus puertas.» Y como lo que *femme veut Dieu le veut*, en el acto las grandes *maisons* de la rue de la Paix, de la rue Aubert, de la rue Royale, han anunciado que la moda vuelve a ocupar sus fuertes posiciones en la inmensa movilización del trabajo parisiense. El momento, por lo demás, es tentador para los inventores de novedades suntuarias. Inspirándose en las banderas que aletean bajo el sol y en los uniformes que alegran las calles, los Poiret, los Doucet, las Marthe Wingrove, deben ya idear gentiles atavíos que den a la silueta femenina un garbo marcial.

— Yo sueño — dice una princesa rusa — en un traje que pueda llamarse *victoria*.

Y con un sentido algo oriental de la elegancia, habla de solapas tricolores para el corpiño, de franjas encarnadas para la falda, de plumas marciales para el tricordio, de bandas de oro para la cintura.

Sin llegar a estas exaltaciones estéticas que hacen pensar en las coronelas honorarias de los regimientos principescos de Austria y de Prusia, los discretos maestros de la costura buscan, sin duda, en arreglos sencillos y sabios, algo que sea militar sin dejar de ser femenino, que haga sonreír sin hacer reír, que conserve, en fin, un sello de parisienismo y que al mismo tiempo tenga un ligero aspecto heroico. Gracias a la delgadez nerviosa de la mujer contemporánea, y gracias también a la costumbre del traje sastre, la metamorfosis no será difícil. Esbeltas, ligeras, airosas, las lindas cosmopolitas llevarán las nuevas *toilettes* con un garbo ajeno a toda molición voluptuosa.

En tiempo de la gran revolución, cuando los soldados sin camisa corrían hacia las fronteras para libertar a los pueblos oprimidos, las damas de París, después de despojarse de sus joyas en favor de la patria y de jurar que no pensarían en sus adornos mientras Europa no se hubiese convertido en una vasta República, sintieron, de pronto, en medio del delirio nacional de sacrificio, la necesidad de vestirse conforme al gusto del momento. Una ráfaga de entusiasmo llevóse una noche todos los velos oscuros de los primeros días del Terror. Y al amanecer de un día feliz entre los días, las más fantásticas combinaciones de trapos convirtieron a París en una mascarada. «Esta señora — dice Goncourt — está vestida a lo patriota con su casaca nacional, su cuello alto escarlata, sus solapas claras y su falda blanca; esta otra ha adoptado un cinturón azul, rojo y blanco; esta otra lleva el uniforme nuevo, sombrero de fieltro negro con escarapela tricolor y alzacuello rojo; la de más allá lleva un gorro con flores y un traje rayado de los colores republicanos.» Aquella mascarada, en los momentos

de fiebre patriótica de la enorme tragedia revolucionaria, no hizo reír a nadie. Lo épico, lo sobrehumano, lo maravilloso del momento, engrandeció hasta lo grotesco.

Pero hoy, en medio del drama que se desarrolla en sus fronteras, Francia desea conservar su calma, su gusto y su discreción. Ni aun la elocuencia, que es lo primero que se infla en las circunstancias extraordinarias, se ha atrevido todavía a vestirse de púrpura. El ejemplo de la retórica oficial y de la estética oficial, aquí muy sobrias siempre, ejerce una influencia salvadora en las masas. Huyendo de las suntuosidades de los uniformes civiles, el Gobierno se ha contentado con dar un brazal a los diferentes Cuerpos del servicio extraordinario de campaña. Las espadas se reservan para los que luchan. Los demás se contentan con una inicial en una tira de lana blanca.

Es de esperar, pues, que el ardor de los sentimientos no lleve a los señores costureros a convertir a las bellas en coristas de operetas vienesas, por lo menos al principio.

— Puesto que luchamos por la cultura latina, armoniosa y ponderada, contra la civilización teatral de los bárbaros — dicen los directores espirituales del país —, demos en todo ejemplo de la medida, del tino, de la elegancia.

Yo me pregunto, sin embargo, si será posible mantener mucho tiempo, en asuntos suntuarios, esta elegancia. Porque el verdadero peligro no está en el militarismo, que en Francia es sobrio de matices y de formas, sino en el nacionalismo, cuyos colores se me antojan peligrosos. En la calle, en efecto, flotando en una atmósfera luminosa, las tres franjas de la bandera republicana lucen elegantemente y llenan el espacio de aleteos palpitantes.

«No hay estandarte como el nuestro», dicen los patriotas. Y yo digo lo mismo que ellos recordando las jornadas gloriosas de la Revolución. Mas luego, cuando pienso en las damas que en los cafés-conciertos se envuelven en un trapo tricolor para cantar la Marsellesa, tiemblo al figurarme que los parisienses pueden, al fin, adoptar el azul, el blanco y el rojo como elementos para combinaciones de personal adorno. Una solapa tricolor, una faja tricolor, un cuello tricolor, y toda la gracia estaría en peligro.

—No temáis nada—nos dicen los Poirer, los Doucet, los Wingrove.

Sólo que, ¿cómo no temer cuando las damas rusas hablan ya de trajes de *victoria*?...

La verdadera victoria será la que los artistas de la *toilette* logren, si consiguen que las ricas hembras de San Petersburgo, de Nueva York y de Río Janeiro no exageren su entusiasmo al vestirse militarmente a la francesa.

## La riqueza fabulosa de Francia.

19 de agosto.

La moratoria va a ser modificada, o, mejor dicho, «ensanchada», según la fórmula oficial. Los Bancos van a comenzar a reembolsar los depósitos de las cuentas corrientes. Ya dieron hace poco un 5 por 100. Hoy darán un 10 por 100. Dentro de algunos días, otro 10 por 100. Así, antes que la guerra concluya, cada francés volverá a ser rico. Porque, en realidad, todos los franceses lo son. En los primeros días de la movilización militar, cuando nadie tenía cambio de 50 francos, veíase que hasta los ciudadanos de aspecto miserable se quejaban de no poder trocar por oro sus billetes.

— Con tal que la Caja de Ahorros no quiebre — decían las modistillas —, no lo pasaremos muy mal, muy mal...

El país entero es una formidable caja de ahorros. Aun en los años tristes de derrotas, los franceses han aumentado su capital, según nos lo asegura un hacendista que ha estudiado las operaciones bancarias llevadas a cabo en 1870. Hoy que, por el contrario, la victoria parece agitar sus alas sobre el país, el beneficio será mayor. Ya el Ministerio de la Industria y del Comercio se preocupa de la *reprise de affaire*. A los armadores se les ofrecen garantías para que establezcan nuevas

líneas de vapores en mares antes surcados por barcos germánicos. A los manufactureros se les asegura el carbón aliado de Inglaterra. A los comerciantes se les facilita empleados para abrir de nuevo sus tiendas. El presidente de la Cámara de Comercio, entrevistado por un *reporter*, confiesa hoy que, una vez el primer momento de inquietud pasado, ya la confianza en el presente y en el porvenir va renaciendo.

— Lo único que necesitamos — asegura — es el apoyo moral del pueblo. Que no nos lo niegue, y aun en estas circunstancias aseguraremos la prosperidad nacional, a pesar de los gastos de la campaña.

Ahora bien: ¿cuándo ha negado Francia su apoyo a los que se desviven por su grandeza?

Hace poco leía yo en un periódico inglés que los alemanes no lograban darse cuenta de las razones misteriosas que hacen ganar más dinero a los franceses vendiendo poco que a los germanos vendiendo mucho. Desde la fecha memorable de la guerra franco-prusiana hasta hoy, según parece, los vencidos han aumentado su fortuna pública en proporciones mucho mayores que los vencedores. De lo cual los militaristas de Berlín han sacado la consecuencia de que es necesario un nuevo triunfo para hacer cambiar la faz de las cosas. Pero, o mucho me equivoco, o en esto como en otras cosas los señores de Ultra-Rhin tendrán aún grandes sorpresas. Francia vencida, sería, sin duda, menos grande en su prestigio y en su fuerza. Sería, si se quiere, gracias a las exigencias de sus vencedores, una Bélgica con treinta o cuarenta millones de habitantes, un país forzado a la neutralidad política, una nacionalidad cuya voz ya no resonaría en los conciertos del conclave europeo. Sólo que, así y todo (quizás más así que de otro modo), su

fuerza de banquera, de negocianta, de industrial, seguiría siendo enorme. No pudiendo soñar en hacer conquistas militares, los hombres se consagran a hacer conquistas financieras.

Un día el sindicalismo inspiró temores a París.

— No tembléis — contestóles el sabio Thery —; desde que vuestra democracia es violenta, vuestra riqueza, lejos de menguar, aumenta.

Otro día fueron los armamentos y los rumores guerreros los que determinaron la crisis.

— Estad tranquilos — agregó el mismo hacendista —; desde hace un siglo no ha habido época de conflicto que no os haya ayudado a enriqueceros.

Todo esto es cierto, muy cierto. Basta leer el estudio que acaba de publicarse sobre la progresión de la fortuna pública desde 1800 hasta 1909, para comprenderlo. Con una paciencia y un método que siempre habrían parecido admirables y que ahora son consoladores, el autor de tal trabajo, M. Edmond, calcula el número de escudos que, año por año, han ido entrando, para no volver a salir, en el *bas de laine* del *épargne* francés. Primero hace la cuenta de las ganancias del gran Imperio: son estupendas; luego las de la época de la Restauración: son asombrosas; en seguida las de la Monarquía de Luis Felipe: son magníficas; después las de Napoleón III: son increíbles; y, por fin, las de la tercera República: estas últimas pueden inspirar envidia a cualquier pueblo en cualquier tiempo. No hay epopeya del oro comparable con la de la Francia actual.

Aunque parezca mentira, todo el oro que existe en el mundo no bastaría para pagar lo que este país ha prestado. Porque la tierra de Poincaré ha dado a Gobiernos, Empresas y banqueros de Europa, América y Asia más

monedas amarillas de las que se han acuñado en el Universo. Las cifras lo demuestran. A fines de 1909 las existencias de oro de todos los pueblos eran de treinta y cinco mil millones de francos, repartidos en su mayor parte entre las cajas de Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia. Éste era el cálculo oficial hace seis años. Pongamos que resulte hoy inferior de dos o tres mil millones a la realidad. Pues bien: aun siendo así, no sería posible, reuniendo los treinta y ocho mil millones de 1914, tener con qué pagar las sumas que se deben a los franceses. La cartera de valores extranjeros de esta gente era, en 1908, de treinta y nueve mil millones. Si se calcula la escala ascendente del éxodo de capitales hacia los centros industriales extranjeros, que en diez años ha sido, en números exactos, de ocho mil millones, veremos que esos treinta y nueve mil millones son ya más de cuarenta y cinco mil. Notemos también que la mayor parte de las piezas rubias acuñadas se halla en las cajas de París (8.000.000.000 de francos). ¿Cómo, pues, con los treinta mil millones restantes, se podría reembolsar al gran banquero internacional?...

Según los cálculos de M. Edmond, la fortuna pública de Francia en 1908 daba, para cada uno de sus 40.000.000 de habitantes, un capital de 7.314 francos, repartidos de este modo:

Tierras.....	1.922	francos.
Ganado y material agrícola.....	202	—
Bienes urbanos.....	1.475	—
Acciones industriales o comerciales....	242	—
Valores nacionales o extranjeros.....	1.131	—
Piezas de oro.....	168	—
Plata.....	53	—
Muebles.....	168	—
Varios.....	53	—

Esto, cuando es un hombre que no ha comido quien lo lee, tiene algo de cruelmente irónico. Pero la verdad es que en Francia no hay quien no coma ni aun ahora. La fortuna, aunque no tan socialistamente repartida cual lo desearía Jules Guesde, tampoco se halla acaparada por una plutocracia, cual en otros países. ¡Es tan fabulosa la tal riqueza! M. Edmond nos asegura que desde 1830 hasta 1908 las ganancias nacionales han sido de doscientos veintitrés mil millones de francos. Sólo en los últimos diez y seis años, el aumento de la riqueza pública ha llegado a cuarenta y cuatro mil millones, lo que representa un beneficio anual de dos mil setecientos setenta millones.

Cuando los alemanes leen tan soberbias cifras, piensan, naturalmente, en lo que pedirían si vencieran. La *Gaceta de Hamburgo* decía hace apenas un mes: «No serán cinco mil millones, no, sino treinta mil los que exigiremos en calidad de indemnización si nos obligan a sacar la espada.»

Ahora, ¡ay!, las espadas están brillando al sol. ¿Cuál será la victoriosa?...

Aquí, con fe, se grita:

— La nuestra.

Pero figurémonos que no fuese así. Figurémonos que una vez más la Providencia quisiera ser cruel para con la noble nación francesa, merecedora, empero, de mejor suerte. Figurémonos a los alemanes y a los austriacos en París, dictando las duras leyes de la guerra. Figurémonos las fábricas incendiadas, el comercio arruinado, la flota perdida. Figurémonos las cajas vaciadas de la noche a la mañana para pagar la *rançon* del vencido... Pues bien: con sólo vender al día siguiente sus valores extranjeros, tendría Francia lo necesario para organizar

de nuevo su comercio, sus manufacturas, su banca. Y veinte años más tarde, Francia, la Francia inmortal de todos los milagros, volvería a ser lo que era ayer, lo que es hoy financieramente.

Pero claro que ésta no es sino una pesadilla inverosímil.

## El alma de Bélgica.

20 de agosto.

El éxodo de los belgas ha comenzado. Aldeas enteras, con su cura y su alcalde, abandonan las ricas tierras flamencas huyendo del incendio y de las matanzas. En los departamentos del norte de Francia hay ya más de cien mil infelices, ricos ayer, humildemente hoy ateni- dos a la caridad del gran pueblo aliado. En París los que se refugian son los intelectuales, los políticos, los comerciantes, los burgueses, los privilegiados, en fin. La indignación y el dolor de toda esta gente, es dan- tesca. Sus ojos claros reflejan los horrores de la batalla, las crueldades de la invasión, los espantos de la sor- presa. Hay algo de demencia en muchos rostros que se crispan. Las mujeres del campo, especialmente, dijé- ranse que aún no se han dado cuenta de la catástrofe, que salen de una pesadilla, que no saben a punto fijo ni lo que ha pasado ni lo que está pasando. Para ellas, que vivían tan tranquilas en sus granjas prósperas, sin pen- sar en guerras, ni soñar en heroísmos, ni anhelar des- quites, el despertar bajo la metralla debe haber sido inverosímil. Una infeliz que se ha vuelto loca, repite sin cesar en el fondo del manicomio donde se encuentra desde hace ocho días:

— El cielo se hunde..., el cielo se hunde...

Las escenas que refieren todos, parecen sacadas de

los libros que conservan el recuerdo de las guerras de la Edad Media. No hay uno solo, entre los campesinos inmigrantes, que no haya visto arder su casa. Algunos han dejado a un hijo, a un hermano, a un pariente, entre las llamas. Muchos se escaparon, por milagro, de ser fusilados. Más de uno tuvo que asistir, impotente, al saqueo de su propia hacienda, a la deshonra de su propia esposa.

— ¡Ah, los bandidos, los bandidos! — exclaman todos, encontrando en sus supremos desfallecimientos un poco de energía para maldecir a sus verdugos.

En los belgas de clases elevadas, el sentimiento de indignación es igualmente intenso. El director de *L'Indépendance Belge*, que tuvo que escaparse a pie de Bruselas para no ser prendido, escribe en *Le Temps*: «Hemos conocido, alrededor de Lieja, la lucha de uno contra seis; hemos visto la Hesbaye invadida, asolada, incendiada; hemos visto fusilar a los campesinos en las puertas de sus granjas. Lo que los bárbaros venidos del Este han hecho en Bélgica, sus crímenes, sus abominaciones, sus atrocidades, jamás se sabrá en sus detalles, porque muchos de los que podrían decirlo se han callado para siempre. Lo poco que se sabe es gracias a la pobre gente que, huyendo al principio del drama, asistieron a los incendios, a los asesinatos iniciales. Pero el final sólo lo conocemos por las ruinas carbonizadas, por los cadáveres mutilados. En cuanto a los testigos que oyeron los quejidos y las maldiciones, que presenciaron la ruina de todos los sentimientos, éstos murieron.»

Ya lo oís.

Nunca, ni en la guerra bárbara de los turcos y los búlgaros, la voz humana llegó a quejarse de modo más desgarrador.

Y, sin embargo, la energía del pueblo mártir es tan grande, que, apenas las lágrimas enjugadas, los belgas intelectuales comienzan ya a celebrar sus dolores como una prueba de redención. El propio director de *L'Indépendance* dice: «Éramos un pueblo pequeño, laborioso, apacible, que amaba a Francia porque se sentía hermano de ella; pero que no odiaba a nadie. El odio era lo único que nos hacía falta para ser verdaderamente una nación, para unir de modo indisoluble ante los siglos por venir los elementos heterogéneos que constituyen nuestro fondo. Las luchas de partidos, las querellas entre wálones y flamencos, la rivalidades entre ciudad y ciudad, todo el particularismo, todo el regionalismo que nos hacía sufrir divididos, se desvanece ante el odio que domina desde ahora nuestros corazones. Las naciones y las razas se hacen con sangre. Y por la primera vez la sangre flamenca y la sangre walona corren juntas por los mismos cauces. El odio, el odio santo, nadie lo arrancará en lo futuro de nuestros pechos, y por eso la Bélgica, invadida, es al fin una nación.»

Este sentimiento optimista y patético que Reland de Marés expresa con tanta elocuencia, los demás belgas lo experimentan en masa desde el primer día del ataque de Lieja.

Durante más de medio siglo, en efecto, la monarquía del rey Alberto no tuvo más lazos comunes que la Constitución y el interés comercial. El bien de todos era la confianza en la paz exterior, en medio de una Europa siempre atormentada por el espectro de la guerra. Egoístas y satisfechos, los burgueses de Bruselas y de Amberes veían a los ingleses, a los alemanes, a los franceses, a los rusos, usar sus energías en armamentos, y con calma y con tino aprovechaban las oportunidades para ha-

cer conquistas comerciales, mientras los demás no soñaban sino en aventuras militares. Gracias a esta situación, en apariencia envidiable, el desarrollo del país llegó a ser monstruoso a fuerza de ser enorme. Muy pequeña en el mapa, Bélgica ocupaba en las estadísticas un lugar muy grande. Sus 29.000 kilómetros cuadrados de territorio, no eran nada comparados con los 540.000 de Alemania, con los 536.000 de Francia, con los 314.000 de Inglaterra. Sólo en Francia podían caber más de quince Bélgica, y los 7.000.000 de belgas apenas representaban la décima parte de la población alemana.

Su comercio de importación y exportación era, no obstante, más grande, en números exactos, que los de Italia y España reunidos. De un modo relativo, también era superior al del resto del mundo. Alemania, por ejemplo, importaba, en 1913, 9.000.000.000 de francos y exportaba 8.000.000.000. En cuanto a Francia, sus exportaciones últimas fueron de 6.000.000.000 y sus importaciones de 8.000.000.000. Pues bien: para que una de estas naciones llegara un día a un apogeo igual al de Bélgica, tendría que importar y exportar cinco veces más, puesto que el total del comercio de exportación e importación de este país fué el año pasado: exportación, 8.951.000.000; importación, 4.958.000.000. Así, de un extremo a otro del minúsculo reino, todos decían:

— No hay país como el nuestro.

Pero en cuanto tratábamos los extranjeros de ver algo que no fuera negocio, nos encontrábamos con que ni siquiera existía un verdadero país. «La mayor parte de los que se sublevaron contra la dominación holandesa—escribe Dumont Wilde en 1904—, soñaron primero en ser franceses. Europa, en sus consejos, decidió otra cosa. Libre, el pueblo tardó veinte años en tener con-

fianza en su propia independencia. El orgullo de ser belga no existía. Ahora mismo, nuestro patriotismo está hecho de intereses materiales, y esto vale menos que el sentimiento de una nacionalidad vigorosa, íntima, atávica, hecha, como dice Renán, de la herencia de la gloria común y de los dolores comunes. Nada reemplaza esos momentos trágicos en que los pueblos perciben los latidos de su corazón, en que la embriaguez del peligro da a todos los ciudadanos una sola alma.»

Esta alma, en efecto, Bélgica no la tenía. No tenía un alma nacional. Tenía muchas almas locales, y las unas odiaban a las otras. Para un walón, orgulloso de hablar francés, un flamenco era casi un bárbaro. Los de Amberes detestaban a los de Bruselas. En Lieja, los de Gante hacían reír. El Gobierno tenía que redactar sus decretos en dos lenguas para ser entendido. Un viaje de tres horas en ferrocarril, dentro del territorio nacional, le bastaban a un burgués de Brujas para encontrarse entre extranjeros que casi le eran hostiles. Los más optimistas, por no pronunciar la terrible palabra *división*, hablaban de *malentendus*. Y lo más grave era que, día por día, este foso se ahondaba.

Pero no hay duda; el optimismo tenía razón. Bajo aquella capa de separatismo moral e intelectual, el instinto de la nacionalidad no era un mito. El mismo día en que los alemanes pusieron el pie en el territorio, todo el pueblo se levantó como un solo héroe.

«Ya han llegado—dice hoy con alegría Dumont Wil-den, recordando sus palabras de hace diez años—, ya han llegado los tiempos dolorosos y sublimes de que habla Renán: tenemos ahora duelos comunes que llevar, y la prueba suprema nos ha hallado más preparados para soportarla de lo que nos figurábamos. La alti-

vez con que todos, desde el rey hasta el último aldeano, levantaron la cabeza para rechazar las vergonzosas proposiciones germánicas, nos demuestra a nosotros mismos que valíamos más de lo que creíamos valer. ¿Dónde están hoy los discursos sobre la bienaventuranza de la neutralidad?»

Es cierto. En un mes, el pueblo belga ha cambiado por completo. Era el más pacífico ayer, y hoy es el más belicoso. Era el que menos odios tenía, y es el que con más fuerza detesta. Era el más próspero, y es el más desgraciado. Pero era, también, el más pequeño, y ya es el más grande.

Y las guerras pasan, y el comercio se repone, y las heridas se cicatrizan. Y dentro de algunos años, cuando los que hoy lloran en sus refugios de Francia hayan vuelto a sus campos, no será con ojos llenos de lágrimas, sino llenos de orgullo, con los que contemplarán las ruinas de sus aldeas.

— Todo esto — dirán — data del tiempo de la guerra, que nos dió un alma nacional.

## La opinión católica.

22 de agosto.

«No dormimos, no descansamos; pero nos proponemos que dentro de tres o cuatro días no quede un solo español en París.» Al mismo tiempo que un periódico madrileño imprime estas palabras del embajador de España, los diarios de Roma publican el siguiente manifiesto del representante de Italia:

«Habiendo nuestro país declarado su neutralidad y teniendo la firme intención de mantenerla, no existe para los italianos residentes en territorio francés ningún motivo de alarma, seguros como estamos de ser tratados con simpatía por la gente y el Gobierno. Dirijo, pues, un ardiente llamamiento a aquellos que estén tentados de volver a Italia, y les aconsejo que no se muevan de Francia.»

¿Cuál puede ser la causa de este modo tan opuesto de ver? En mi alma y conciencia no sólo no acierto a explicármelo, sino que hasta me figuro que más razones habría para que el Sr. Titoni firmara las palabras del embajador de D. Alfonso XIII y el marqués de Villaurrutia escribiera las frases del representante de Victorio Emmanuele. Porque, a pesar del deseo que los franceses tienen de creer de un modo absoluto en la amistad italiana, aun les queda en el fondo algo de inquietud y algo de desconfianza, ante un pueblo que, habiendo

dado ya una sorpresa al mundo, pudiera muy bien darle una segunda. En cambio, de España, de la hidalguía española, de la franqueza española, nadie duda, nadie ha dudado nunca. Ahí están, en San Sebastián, algunos compañeros míos que asistieron a las manifestaciones turbulentas del primer día de la movilización. Que digan ellos si entre las banderas inglesas y rusas que los patriotas paseaban por el Bulevar, no se veían muy a menudo los alegres colores de España. Y que digan los que se hallan aún aquí, y que llevan en la solapa un lazo amarillo y rojo, si jamás nadie ha mirado con malos ojos esa insignia nacional hispana.

El pueblo de París, en masa, cree que, tras de los montes, todos los corazones palpitan al unisono del corazón francés.

No diré lo mismo de los hombres políticos, de los intelectuales, de los periodistas. No. Éstos, que están enterados de todo, ven ahora con pena las manifestaciones que hacen en San Sebastián y en Madrid algunos escritores católicos, de los que se empeñan en considerar a Francia como la culpable del anticlericalismo de Europa en general y de España en particular. Hoy, un diario traduce de *El Siglo Futuro* las líneas siguientes:

«Según viajeros españoles que van llegando de Francia, la situación es por todas partes tristísima y reveladora de la indisciplina social, de la pérdida de toda noción de orden y moralidad y del espíritu anárquico que corroen a esa nación, en la que, sin embargo, todavía quedan tantos elementos sanos.

»París está en poder de las grandes cuadrillas de *apaches*, que saquean los comercios y almacenes extranjeros, de cualquier nacionalidad que sean sus propietarios: aliada, enemiga o neutral.

»Las últimas noticias son de que ya han empezado también a saquear almacenes y comercios franceses.

»Excusado es decir que los atracos a los transeuntes son innumerables en pleno día y en el centro de París. Basta ir bien vestido para estar expuesto a ser desvalijado.

»En casi todas las demás grandes ciudades de Francia la situación es análoga, aunque en menor grado. En los mencionados actos de vandalismo han tomado parte muchos reservistas.

»Todo indica en lo que se convertiría Europa si Francia triunfase, si con ella triunfaba, aunque fuese momentáneamente, su actual constitución social y política.»

Como lo hace notar M. Gabert al comentar estas líneas, hasta los alemanes y los austriacos han hecho justicia, en los momentos actuales, al orden, a la disciplina, al espíritu de solidaridad y de sangre fría del pueblo francés. La misma Iglesia de Francia, unida en un movimiento de clarividente generosidad a los partidos extremos, ha acudido en masa para contribuir a la formidable campaña nacional. Todos los sacerdotes jóvenes están ya incorporados como soldados en las filas del ejército, y uno de los generales que mandan en la frontera y que propuso a los clérigos de su cuerpo de tropas que, para no empuñar el fusil, se consagraran a los trabajos de las subsistencias y de las ambulancias, recibió de ellos la noble respuesta siguiente:

— Como franceses, queremos morir al lado de nuestros hermanos.

En las iglesias, llenas de mujeres, los curas viejos, que no pueden luchar, oran por los que están en la guerra. Los obispos, unidos a los diputados socialistas y a

los prefectos radicales, presiden, como lo dice hoy un telegrama de Poitiers, las ceremonias de la entrega de las banderas a los batallones.

Toda Francia, la roja y la blanca, está unida. Es más: toda Francia ha estado siempre unida, cuando se trata de Francia, pues los católicos, aquí, no son apostólicos y romanos, sino franceses y apostólicos.

Hablando de esto y de la actitud de ciertos periódicos clericales, un político italiano decía ayer:

— Lo único inexplicable, tratándose de un conflicto entre la hija mayor de la Iglesia y el país de la Reforma, es la galofobia de dos o tres periódicos de Madrid y Roma.

En Italia y en España, en efecto, la prensa clerical es la única que se muestra en los momentos actuales ardientemente deseosa de que la protestante Alemania venza y mutile y humille a la católica Francia. En vano el arzobispo de París forma parte de la gran Junta nacional que sirve de Consejo Supremo al Gobierno de la República. En vano los jóvenes vicarios de todas las parroquias se alistan llenos de entusiasmo para defender la patria de Juana de Arco contra el pueblo de Lutero. En vano las suscripciones públicas para los capellanes del ejército han reunido ya centenares de miles de francos.

Nada calma el odio de los jesuitas contra el país que no ha querido someterse a sus duras voluntades.

Cuando, algunas horas antes de declarar la guerra, los soldados tudescos fusilaron a un pobre cura de Lorena que tuvo el atrevimiento de predicar en francés, la conciencia católica del mundo entero sintióse afligida. De Austria misma salieron algunas voces de protesta. Sólo un periódico clerical de España explicó aquel acto, ase-

gurando que el alma del Káiser había sido «dolorosamente sorprendida» por tamaño acto. Y agregó: «Ahora que los jefes han podido ya dar sus órdenes, se verá el respeto con que la nación alemana, en gran parte católica, tratará a los representantes de Cristo en la tierra.» La realidad, ¡ay!, parece complacerse en desmentir estas esperanzas.

He aquí las líneas que *La Croix*, órgano oficial del episcopado francés, publicaba ayer:

«Los frailes redentoristas de Milhusa, establecidos en el barrio de Reidisheim, dieron albergue a algunos soldados heridos franceses cuando la ciudad fué ocupada por primera vez por las tropas francesas, el 8 del corriente. Al recuperar la ciudad, los alemanes fusilaron a los soldados heridos y a los nueve frailes que se encontraban en el convento.»

Hoy (22 de agosto), la misma *Croix* da la noticia del fusilamiento de un obispo en los términos siguientes:

«Monseñor Kanneugieser ha sido fusilado, y su palacio ha sido destruído con dinamita. Este prelado era alsaciano de origen. En 1900, cuando Guillermo II quiso reemplazar los grandes Seminarios alsacianos por una sola Facultad de Teología en Estrasburgo, este obispo hizo una campaña contra aquel proyecto. Desde hace algún tiempo, monseñor estaba ciego.»

¿Por qué causas fué fusilado este príncipe de la Iglesia? Los telegramas no lo dicen. Pero es probable que su actitud en el asunto de los Seminarios no sea extraña a la ejecución. Los germanos, ahora como en la Edad Media, no soportan que la Iglesia se oponga a sus proyectos políticos.

¿Queréis otra noticia de fusilamiento? Los periódicos de esta mañana la publican en sus «últimas horas», ase-

gurando que emana de la autoridad militar francesa de Alsacia:

«El cura de una de las principales parroquias de Milhusa fué fusilado por los alemanes. Llamábase Brun, y era alsaciano. Su crimen consistió en permitir que algunos franceses se refugiaron en su iglesia en el momento en que las tropas del Káiser atacaron a la guarnición que había ocupado la gran ciudad industrial hace quince días.»

Por su parte, los belgas, en las notas dirigidas a las potencias neutras contra las atrocidades cometidas en los alrededores de Lieja, quéjense de que las hordas imperiales quemaron varias iglesias, en las cuales los habitantes de las aldeas habían buscado un refugio.

Y, o mucho me equivoco, o tales actos no serán los últimos de que la Iglesia católica tendrá que dolerse en el curso de esta guerra.

Pero, ¿se dolerá?..

Los jesuitas españoles, desde luego no. Para ellos Francia es tan odiosa, que aun los sacerdotes que simpatizan con ella merecen ser fusilados. En cambio Alemania, la gran Alemania protestante, es digna de todos los respetos, de todos los entusiasmos, de todos los amores. *El Siglo Futuro* lo dice día por día. Y no sólo lo dice: lo «prueba». Oid su voz evangélica:

«Como hemos dicho y probado y han dicho y probado los del campo de enfrente, y aunque todavía lo pongan en duda algunos del campo de en medio, en esta guerra luchan de un lado el orden, el principio de autoridad, el respeto al derecho y el espíritu religioso, y de otro el desorden moral, que precéde al material, la indisciplina social, la tendencia a la anarquía y el espíritu laico y revolucionario.»

Siendo así, ¿cómo la Iglesia no ha de estar, *malgré tout*, del lado de la Alemania, encarnación del espíritu religioso, contra Francia, símbolo del espíritu laico?..

Pero volviendo a las noticias que se telegrafían de San Sebastián, y que dan cuenta de desórdenes y de pánicos, yo me pregunto: ¿Cómo pueden, los que han estado estos días en París, tener tal visión? ¿Cómo pueden hablar de lynchamientos, de ataques nocturnos, de bandas de *apaches*? El primer día de la movilización los energúmenos rompieron las vidrieras de la casa Oppenrot, de la casa Klein y del café de Viena, en el Bulevar, y trataron de incendiar la casa Maggi. He ahí el balance exacto de las atrocidades de París. Al día siguiente los Tribunales condenaron, con severidad excesiva, a los autores de esos atropellos. Desde entonces, gracias al estado de sitio, no hemos vuelto a ver un grupo de manifestantes ni se ha vuelto a tirar una piedra. Las casas alemanas, los Bancos alemanes, las cervecerías alemanas están cerrados, y las tropas las guardan contra la cólera popular.

La verdad es que, entre los que se han ido, muchos quieren encontrar una excusa a sus precipitaciones, y no la hallan sino en una situación trágica. En los comerciantes, en los simples turistas, esto se explica. ¡Qué necesidad tienen ellos de estar en una ciudad donde ya no hay teatros, ni bailes, ni restaurants nocturnos! Pero los hombres jóvenes que vivían aquí desde hace años...

Uno de éstos, periodista de combate, preguntóme el día de la declaración de guerra:

— ¿Usted no se marcha?

— A la frontera del Este, sí; si puedo...

— No..., a España...

— De ninguna manera. Abandonar un puesto es de-